

Esta llanura monótona no carece, sin embargo, de interés: de tiempo en tiempo se ven efectos de espejismo, algunas veces en muchos lados y muchos á la vez; efectos que al parecer ponen sin cesar ante la vista lagunazos, como para sobrecitar la sed ardiente que se experimenta siempre en el desierto; pero á proporcion que se estrechan las distancias, estas engañosas apariencias huyen y desaparecen.

La vista se acostumbra pronto á conocer la diferencia que hay entre estas ilusiones ópticas y el agua verdadera. Cuando una experiencia mas larga me las haya hecho estudiar, y estos efectos de espejismo me hayan suministrado un número mayor de ejemplos y detalles; volveré á hablar de este asunto.

La primera parte de la llanura que hemos recorrido al salir de las montañas, es, como dicho queda, conocida por nuestros camelleros con el nombre notable de *rio sin agua*; despues de haber caminado muchas horas por esta parte baja, no se encuentra absolutamente sino arena; el suelo se eleva ligeramente en forma de una meseta muy baja, atravesada á trechos por algunas nivelaciones de asperon, entre otras un montecillo llamado El-Magduda (montaña horadada), porque se ve en efecto la luz al través de sus costados, merced á los vacíos causados por la erosión de las capas mas deleznales.

Mas allá, la llanura vuelve á deprimirse, y se denomina *mar de arena*.

El bajá de Egipto ha hecho inútiles tentativas en todo este trayecto para abrir pozos y descubrir agua, ó para hacer cisternas que conservasen la muy escasa que procede de las lluvias; todos estos esfuerzos han sido estériles, y el agua traída del Nilo es aun el único recurso del viajero y de las caravanas que recorren estos desiertos, en los que hombres y animales perecen con frecuencia de sed.

En esta llanura vimos mostrarse en el horizonte algo que parecia animado: el objeto parecia aumentar y cambiar de forma, y despues de algunas horas de marcha nos encontramos con un convoy de esclavos, que una caravana conducía al Cairo. Detuve mi camello para observar mejor aquella triste procesion, y nuestros camelleros dijeron, sin detenerse, algunas palabras á los djellabs que conducían aquellos nuevos reclutas de la esclavitud. Fatigosamente caminaban los desgraciados sobre los arenales, bajo a vigilancia de sus conductores, que avivaban á pencazos á los que por su estenuación hacían lenta la marcha. Habíalos de todas edades y sexos: únicamente no caminaban á pie las jóvenes, sino que iban agrupadas de cuatro en cuatro sobre camellos, como también algunos de los esclavos mas jóvenes.

Especialmente llamó mi atención un hombre bastante entrado en años, cuya barba corta y cana ya, se destacaba sobre su rostro negro. Este infeliz iba

bañado de sudor, y marchaba delante de la penca del djellab, que habia dejado numerosos vestigios de polvo blanco sobre sus negras y desnudos hombros. Sus rodillas cedían al paso de su cuerpo, y de cuando en cuando daba una corta y vacilante carrera, para seguir el paso de sus pobres compañeros. Hice una señal al djellab para que cambiase la posición de aquel pobre viejo por la de alguna de las vigorosas muchachas que iban en los camellos; pero me contestó con un ademán negativo de cabeza. No obstante, un niño estenuado de fatiga, gritaba dejándose arrastrar por la vigorosa mano de un negro: un djellab lo tomó y lo colocó sobre un camello. ¿Por qué el viejo rendido de cansancio era sacrificado, y no lo era alguna de aquellas robustas jóvenes? ¡Ah! porque se trataba de conservar mas fresca aquella parte de la mercancía, mientras el infeliz anciano no valía el trabajo que costaba el hacerle atravesar el desierto.

Seguí con la vista hasta donde me fue posible, á aquellos desventurados esclavos, que me ofrecían la primera muestra del comercio mas infame que ha inventado la especie humana.

Desde aquel momento, la comparación de mi posición con la de aquellos desgraciados, me hizo parecer menos penosos los sufrimientos del viaje al través del desierto. Terrible, en efecto, era el calor; pero yo no tenia enfermedades, y no iba cargado con ningún peso; un camello me conducía, y tenia agua para apaciguar á mi voluntad la sed; si algo me molestaba, acertaba ó aceleraba el paso á mi placer; si algún objeto me interesaba, me detenía y lo examinaba segun mi deseo; disfrutaba, en una palabra, de mi libertad. ¿No poseía todo lo que aquellos desgraciados hubieran deseado como un ensueño de felicidad?

Hablad á un enfermo, y os dirá que con la salud se goza de todo; hablad á un preso, y os asegurará que la libertad es la dicha; ved, por último, á esos míseros esclavos, y tendreis, mediante la comparación, todas las felicidades imaginables. ¡Tan cierto es que en este mundo la ventura es relativa, y que basta al hombre saber limitar sus deseos, para sentirse satisfecho, para ser feliz, aun con arreglo al estricto sentido de la palabra!

Al declinar el día, la llanura volvió á elevarse insensiblemente en forma de meseta muy baja, sobre la cual descollaban aun algunos fragmentos de asperon. Establecimos nuestro campamento cerca de uno de ellos, que formaba una pequeña eminencia sobre la llanura de arena; los camelleros dan á este lugar el nombre de *Anhatik el baguar* (estiércol de vaca). En el desierto, esto basta para hacer notable un punto.

El asperon que formaba este montecillo era aun mas

frágil que el de las últimas montañas, pues bastaba una mera acción mecánica para disgregar sus partículas y reducirlo á arena como la del desierto.

Al pie de este montecillo el suelo estaba cubierto de piedras esferoidales, que por su tamaño se parecían, unas á balas de cañón, otras á globos de dimensiones todavía mayores, de construcción granujienta. Algunas estaban adheridas de dos en dos, y muchas agrupadas en mayor número. Su conformación interior es aun mas curiosa: son verdaderas geodas de capas concéntricas.

Ilusión de perspectiva en el desierto.—Abandono de un camello estenuado.—Apariencias engañosas.—El interior de una montaña.—Obligaciones imperiosas en el desierto.—Juicio de Kramsine.—El agua nauseabunda.—El sol escarifica la piel.—La tempestad nos amenaza.—Precauciones contra las lluvias de arena.—Ráfagas calientes del Kramsine.—No se escoge la cama.—Marcha penosa.—Una señal de esperanza.—Renace la alegría.—Cantos y bailes de los camelleros.—Un poco de frondosidad despues del desierto.

El 9 de febrero, quinto día de nuestra marcha desde Korosko, encontramos algunas nivelaciones de granito oscuro; luego algunos calcáreos arcillosos en



El mar de arena.

rocas; mas adelante rocas de diorita, en las que los mineros rusos creyeron reconocer arenas auríferas.

Empleamos en este lugar el resto del día en llenar los odres y dar descanso á los camellos. Durante este tiempo, quise trasponer el recinto de las montañas que nos rodeaban, y que están formadas de esquisto arcilloso y ferruginoso. Desde sus cimas la vista es cada vez mas triste, pues no se descubre por todas partes sino crestas de rocas desnudas, entrecortadas por gargantas en cuyo fondo se encuentra una mezcla de cascajo y arena; pero por ningún lado se advierten señales de vida ni de vegetación: la desolación de aquellos lugares me hizo volver pronto á nuestro campamento, porque en él por lo menos, los camelleros llenando sus odres, los camellos probando el agua y desechándola á causa de su amargo sabor, y luego volviendo á probarla, aguijoneados por la sed; todo esto presentaba alguna animación y recreaba la vista.

TOMO V.

En la mañana del 7 de febrero teníamos en frente una montaña, cuyo tinte sombrío se divisaba tan claramente entre las arenas brillantes y el cielo, que nos pareció se hallaba á una ó dos horas escasas de marcha; no obstante, despues de caminar por espacio de cuatro, nos hallábamos todavía lejos de ella; y cuanto mas avanzábamos, mas distante la creíamos, aunque aumentaba cada vez mas. No llegamos sino muy entrada la noche á su pie, y allí establecimos nuestro campamento.

Hombres y animales empezaban á cansarse de tan larga y penosa jornada, pues pocas veces, y esto solo por breves instantes, los camelleros se suben sobre la carga de sus camellos para descansar sin detenerlos. Las escitaciones se hacían por momentos mas necesarias, y los conductores repetían con mas frecuencia el acostumbrado grito *hot, hot, hot*, para alentar á los camellos á la marcha; pero estos vacilaban bajo su carga. Uno de ellos, á pesar de todos los esfuer-

zos del conductor para reanimar su brio, dobló las patas y se tendió en el suelo. En vano aquel le escitó con ademanes y voces; en vano se repartió entre los demás camellos el resto de su carga: el animal no se movía. El hombre continuó escitándolo vigorosamente; entonces, el camello, tan inofensivo, y por lo regular tan sufrido, se defendió estirando su largo cuello y procurando morderle. Pena causaba esta lucha. El animal quería que le dejaran morir en paz donde se encontraba; y el conductor, que por prudencia le atacaba por detrás, le maltrataba sin piedad, y sin atender á su demacración. El dolor despertó al fin en él un resto de energía, y haciendo un esfuerzo supremo, se levantó y siguió la caravana por algunos instantes; pero cayó de nuevo para siempre, falto de aliento. El camellero, viendo la ineficacia de sus esfuerzos, abandonó al pobre animal, que dejó caer desfallecido su cabeza sobre la arena; no obstante, como si comprendiera que el abandono era la muerte, después de haber visto alejarse á los últimos hombres y los últimos camellos, levantó una vez más la cabeza, y hasta hizo un gran esfuerzo para ponerse en pie, pero todo fue inútil; cayó definitivamente exhalando un largo y postrer gemido, y no volvió á hacer movimiento alguno.

Segun dicen los camelleros, ocurre algunas veces que los animales de que se trata, al verse abandonados, se levantan, siguen la caravana y llegan al término de la jornada; en tal caso se les emplea en trabajos poco penosos.

La travesía del gran desierto de Nubia es uno de los más fatigosos para las caravanas, pues en él solo se encuentra agua una sola vez, la de los pozos que hemos visto tiene un gusto detestable, y no se encuentra ni un oasis en que puedan pacer los camellos.

Pocas horas antes de llegar la noche, vimos un montecillo de forma piramidal, y á medida que nos acercábamos más se distinguían sus detalles. Parecióme formada por una aglomeración de grandes guijarros; pero allí, como en todas partes, la falta de un punto de comparación para apreciar las verdaderas dimensiones, podía y hasta debía inducirme á error. En efecto, á medida que nos íbamos acercando, las proporciones de la pirámide aumentaban y los guijarros parecían mucho mayores, hasta que al fin, al llegar al pie, ví que estos eran grandes trozos de granito, los más pequeños de los cuales tenían el tamaño de dos ó tres camellos.

Allí instalamos nuestro campamento y pernoctamos cerca de algunos otros montecillos.

La estructura ó disposición de esta pirámide es de las más notables, y comun á otras montañas graníticas; compónese desde su base hasta la cima, de trozos de todas formas, amontonados sin orden en las formas

mas varias; caras y ángulos chocan entre sí con la mayor irregularidad, tal como se hubieran hallado amontonadas si hubiesen caído de las nubes, ó como si una violenta conmoción subterránea las hubiera espulsado del seno de la tierra.

Para mejor explicarme tan estraña formación y observar al mismo tiempo las inmediaciones, trepé por aquella montaña de piedras.

Después de trabajos increíbles, y no sin haber corrido peligros más de una vez, llegué á la cima y recorrí con la vista un horizonte inmenso. Desde el pie de la pirámide hasta los últimos límites de este, todo era arena, y solo algunas cumbres lejanas interrumpían la monotonía del desierto: cuadro profundamente triste. El sol acababa de ocultarse tras de su horizonte de fuego, las ráfagas de un viento impetuoso me sacudían rudamente, y parecía que pugnaban por derribarme de mi gigantesco pedestal. Todas estas sensaciones, la noche que se avecinaba, el recuerdo de los peligros que habían acompañado mi subida, y que iban á agravarse por la oscuridad á mi bajada, me obligaron á abreviar mi permanencia en aquellos pedregales. Penetré de nuevo en las sinuosidades de la montaña, y como me era harto difícil reconocer las que me habían servido para subir, no tardé en estrañarme.

La escasa claridad que todavía me ayudaba se debilitaba por momentos, y anunciaba faltarme en breve por completo, si mi permanencia en aquellas fragosidades se prolongaba un poco. La perspectiva de una noche pasada en tales lugares, no ofrecía en verdad, ningún atractivo, y la inquietud empezaba á apoderarse de mi espíritu, cuando de improviso sentí bajo mis pies un suelo de arena que formaba un declive entre los peñascos, semejante al que forman los vientos contra las faldas de las montañas del desierto que acabábamos de atravesar.

La esperanza renació entonces en mi pecho, pues tuve por seguro que aquella arena, colocada según la dirección de la última tempestad, prolongaría su pendiente hasta el pie de la montaña. Así era, en efecto. El declive, continuando de concavidad en concavidad, me condujo primero á la superficie de la montaña piramidal, después á una brusca bajada, y en breve me encontré en la base de la escarpa de arena fina, temporalmente amontonada en aquel punto.

Volví á reunirme al campamento, y por los camelleros supe que aquella montaña se llama *Goreibat* (montaña del Cuervo).

En la madrugada del 8 de febrero vi como de costumbre, los preparativos de la partida; no obstante, mis miembros entorpecidos y mis lomos quebrantados por los vaivenes de la marcha del camello, me hacían desear con ahínco la prolongación de mi descanso; pero era forzoso atenderse á la consigna del

desierto, y marchar, marchar incesantemente, y llegar antes que el aire ardiente, por una parte, y la sed de los hombres, por otra, vaciase por completo los odres. Si; es preciso marchar, si no se quiere que el sol del desierto blanquee los huesos del que lo atraviesa.

La caravana se puso en camino; pero esta vez costó más que de ordinario á hombres y animales hallar la elasticidad de sus miembros.

El horizonte no presentaba accidente alguno; la llanura que seguíamos nos pareció más elevada que las anteriores, y el suelo estaba alternativamente cubierto de arena, de casquijo ó de pedazos de cuarzo.

Unas veces el camello arrastraba sus pasos por las movedizas arenas; otras vacilaba sobre el inseguro casquijo.

Por lo regular, hacíamos dos marchas diarias, y descansábamos desde las once hasta las dos y media ó tres; pero aquel día el tiempo no ofrecía seguridad alguna. A nuestra derecha, el tinte rojo del cielo era de siniestro augurio, y nos hacía temer el kramsine, más vulgarmente llamado *simoun*; viento cuyos desastrosos efectos son bien conocidos.

Resolvimos, pues, continuar nuestra marcha, para acercarnos todo lo posible al lugar en que debíamos encontrar agua. Decidiose además que el camello más ágil fuese enviado á éste lugar (*Abou-Hamed*) para anunciar nuestra aproximación, y traer agua fresca, si era posible.

El calor era tan excesivo que mi nariz, que se había escarificado ya muchas veces, se peló de nuevo con un escozor más vivo, por lo que me vi obligado á preservarla, ya por un medio, ya por otro, de la acción del sol y del aire abrasador. No era yo el único que de esta suerte experimentaba los efectos de aquella ardiente temperatura: los camelleros, y aun los mismos animales sufrían sus consecuencias. Caminábamos silenciosamente, y ni una ráfaga de viento venía á mitigar el sofocante calor. La llanura despedía una luz centellante que ofendía terriblemente los ojos, y nos obligaba á mantenerlos casi completamente cerrados.

Al Sud-este, el horizonte se presentaba aun más amenazador; su color plumizo, al estenderse, había sido reemplazado por un tinte rojo en medio, el que estendiéndose á su vez, produjo una coloración rojiza y pálida, por demás alarmante. Algunas bocanadas de un ventarrón caliente, cual si saliese de un horno, nos azotaban el rostro.

Los camelleros, que consultaban sin cesar aquel punto del horizonte, desde el cual el infierno parecía querer vomitar sobre nosotros sus abrasadores torbellinos, creyeron llegado el momento fatal, y empezaron á darnos sus instrucciones.

La tempestad se acercaba cada vez más hácia nues-

tra derecha, y por momentos nos veíamos sacudidos por sus exhalaciones. Los camelleros levantaban sus manos al cielo, y murmuraban sin cesar sus peculiares oraciones. Sin embargo, el aire no estaba aun cargado de arena, á no ser la que recogía bajo los pasos de la caravana, y que arrojaba á larga distancia.

El cansancio era estremado, y sofocante el calor; á pesar de esto, hombres y animales marchaban vigorosamente, y no parece sino que estos comprendían que cada nuevo paso hácia los límites del desierto era una nueva ventaja conseguida, puesto que sería preciso llegar al fin con más privaciones y fatigas, si el kramsine nos privaba del agua que aun teníamos.

Al cabo de dos horas de esta cruel ansiedad, la tempestad estaba tan cercana á nosotros, que sus sombras nos ocultaban casi la mitad del horizonte. Algunos camelleros propusieron que nos detuviésemos, y tomar posiciones para arrostrar todo lo mejor posible sus terribles efectos; otros hicieron notar que lo más recio de la tormenta parecía deslizarse á nuestra derecha, y que si continuábamos marchando, lograríamos evitarla. Prevaleció este parecer, y pronto vimos con júbilo que el color del cielo empezaba á aclararse delante de nosotros, al paso que rápidamente se ennegrecía á nuestra derecha. La esperanza empezó á renacer en todas las almas.

Veíase arremolinarse aquí y allí en aquella nube roja corrientes opuestas, á manera de trombas, cuyos efectos hubieran sido desastrosos para nuestra caravana, si hubiera tenido que sufrir toda su violencia. Poco tardamos en tener la seguridad de que nos libraríamos de aquella horrorosa tempestad, y después de una hora más de viaje, nos hallamos libres de todo peligro.

No obstante, hombres y animales estaban rendidos de fatiga, y aunque el sitio nos pareció poco propicio, establecimos nuestro campamento. Por todas partes se veían pedruscos y cantos angulosos de cuarzo hialino. Cada cual se acomodó como mejor pudo, sobre aquel lecho pedregoso. En verdad que una noche de esta manera pasada, aun en circunstancias ordinarias, hubiera sido, en toda la extensión de la palabra, una *noche toledana*. Esta vez, sin embargo, todos dormimos como sobre pluma, después de habernos arreglado como Dios nos dió á entender; lo cual no impedía que cuando un sueño incompleto ocasionaba movimientos involuntarios, cada cual se despertase magullado por los ángulos de los guijarros. Entonces se estiraban con trabajo los miembros entorpecidos por estos, se buscaba una posición menos incómoda, y no se tardaba en conciliar otra vez el sueño.

Nunca marcha alguna fue más difícil que la nuestra al día siguiente; los camellos vacilaban sobre las piedras, y prorumpían en prolongados gritos de

queja, á las excitaciones de sus conductores. Todos miraban hácia delante ansiando ver el camello que debía traernos agua fresca; pero nada se descubria en aquel horizonte de los dominios de la muerte.

La ardiente sed que nos atormentaba era la nota dominante de nuestros sufrimientos; y no obstante, todavía esperábamos. La atmósfera habia adquirido una pesadez muy superior á la de los días anteriores, y parecia que el *simoun* habia dejado la impresion sofocante de su aliento en todo lo que nos rodeaba. Ni una nube en el cielo, ni un soplo en el aire. El sol nos inundaba con su luz rutilante, y su irradiacion por el suelo era reflejada por las brillantes pajitas de mica y las blancas facetas del cuarzo, con tal fuerza que apenas era posible abrir los ojos para guiarse.

Caminábamos casi maquinalmente, sumidos en una especie de estúpida soñolencia. De repente oimos un nuevo é inesperado ruido; ruido seco y estridente, que nos sacudió y despertó, perdiéndose luego en un lejano zumbido. Todos los ojos se abrieron, todas las cabezas se levantaron, y resonaron algunas exclamaciones. Era una bandada de perdices que habia venido á buscar su sustento en el camino de las caravanas: el Nilo, el agua, la sombra, estaban pues, cerca de nosotros. El ruido del tardo vuelo de estas aves era una música deliciosa para nuestros oidos, pues parecia decirnos: «¡Animo! El Nilo está cerca, el Nilo divino, el Nilo de las azules, frescas y transparentes aguas, que llaman á los labios sedientos.»—*Allah Kerim!*...—(¡Dios es grande! ¡Alabanza á Dios!) tal fue la exclamacion que resonó por todas partes.

Casi en aquel mismo momento, el camello mensajero, tan ardientemente esperado, dejó ver su joroba detrás de una pequeña loma á poca distancia de nosotros. Entonces la alegría no conoció límites, y el aspecto de la caravana cambió como por encanto. Los camelleros se pusieron á cantar y á palmotear á compás, y los mismos que un momento antes caminaban penosamente, apoyándose en los camellos, agitaban los brazos, saltaban, bailaban y hacian piruetas; los que, mas felices, tenian como yo, rotos los riñones por el oscilante movimiento de la joroba del camello que los llevaba, se estiraban y se pasaban la mano por el dolorido espinazo; todos se regocijaban y se preparaban á saborear la bebida olímpica que se acercaba. Pronto acudieron todos á los odres, y eran de ver aquella fiesta, aquella alegría, aquella algazara. Y no obstante, aquella agua estaba ya caliente, y habia además adquirido una parte del mal sabor de los odres; pero en comparacion de la que procedia de los pozos del desierto, era un verdadero néctar.

Empendióse de nuevo la marcha, y desde aquel momento el buen humor no abandonó la caravana.

Los pobres camellos parecian conocer tambien la proximidad del rio, y marchaban espontáneamente. Sus conductores se pusieron á bailar. El asunto de sus danzas mímicas no recibia su inspiracion de muy lejos: era simplemente la reproduccion embellecida y arreglada del paso y de las actitudes del camello. En el conjunto de los movimientos, y sobre todo en el de la cabeza, advertíase la analogía con el movimiento de este animal en su marcha, meciendo la cabeza en sentido inverso al del cuerpo.

Los camelleros bailarines, asi como tambien los espectadores indígenas, llevaban con las manos una medida ó cadencia que puede representarse por estos dos compases, repetidos alternativa é indefinidamente:

Ta-ta-tu, Tada-ta-tú; Ta-ta-tú, Tada-ta-tu, etc.

Después del baile improvisaban cantares para felicitarnos por nuestro feliz viaje al través del desierto:

«¡Loado sea Alá! Ya tocais la orilla del mar de arena; en vano la tempestad os ha rodeado de sus torbellinos rojos y sofocado con su abrasado aliento; en vano el sol ha hecho llover sobre vosotros sus ardientes centellas; en vano la horrible sed ha secado vuestras fauces; en vano el cansancio ha ligado vuestras piernas y quebrantado vuestro cuerpo: habeis llegado vencedores de todos vuestros enemigos, y el voraz desierto no conserva de vosotros sino la huella de vuestros pasos por sus arenales. ¡Bendito sea Alá! Hé aquí el agua, la buena agua; ¡la oís murmurar? Hé aquí la sombra, la fresca sombra; ¡la oís mecerse? Hé aquí el descanso y todas las cosas que alegran al hombre. ¡Loado sea Alá!... ¡Alá sea bendito!...

Bailes y cantos se acompasaban sobre el mismo ritmo, acompañados de los mismos palmoteos. Los camellos no eran olvidados, y análogas felicitaciones les eran dirigidas, tambien por medio de cantos; pero para escitarlos durante su marcha, cada estrofa terminaba con estas exclamaciones: ¡Hot! ¡hot! ¡hot! y los pobres animales parecian reanimados por estos cantos.

Por último, una cortina de frondosidad se descorrió á nuestra vista, y un poderoso murmullo, producido por el choque de las aguas del Nilo contra los peñascos de granito que se oponian á su curso, llegó perceptiblemente á nuestros oidos.

¿Cómo describir la hermosura de algunas palmeras, al salir de la terrible desnudez del desierto? ¿Cómo pintar el encanto de una pequeña alfombra de verdor, después de los largos y ásperos espacios de arena y de los guijarros abrasados? Mi razon busca en vano esta belleza en la naturaleza misma, y no la encuentra sino en el contraste. ¡No! Nunca los espesos bosques y las ricas praderas de Europa me movieron tanto ni me causaron una sensacion tan

viva como aquella modesta vegetacion. ¿Dónde, dónde, pues, están los goces y la felicidad en este mundo? ¡Están mas allá de la privacion!...

Este lugar de las orillas del Nilo, aquel césped, aquellas palmeras, aquellas cabañas: esto era Abu-Hamed.

Allí observé por primera vez de una manera evidente la influencia del suelo y de las condiciones de vida sobre el hombre: observaciones que han sido el

punto de partida de los estudios y descubrimientos que he consignado en el último tomo que he publicado con el título de: *Origen y trasformacion del hombre y de los demás seres.*

Innumerables rebaños.—Anfibios y otros animales.—La naturaleza animal y vegetal se mejora.—Delante de Ouad-Medina.—Diferente naturaleza de crepúsculo.—El Kramsine nace en el desierto.—Cadáver de un negro.

Las orillas del rio son durante la estacion seca, el



El Kramsine ó simoun.

punto de reunion de toda especie de animales domésticos ó indómitos que allí acuden á beber, lo cual hace el viaje muy interesante en dicha estacion. Con frecuencia vimos desde Kartum numerosos rebaños de carneros, camellos, bueyes y cabras. Los de la primera clase, especialmente, eran innumerables, y los camellos ascendian á millares. Estos van á beber de tres en tres días; permanecen largo tiempo cerca del agua y beben en sorbos interrumpidos; luego entran de nuevo en el desierto, donde encuentran pastos, algunas veces muy abundantes, á consecuencia de las lluvias tropicales. Los pastores los

cargan á su regreso, de algunos pellejos de agua, para el uso de sus familias, y tambien han acostumbrado á los carneros á no ir á beber sino de dos en dos días, á causa de la gran distancia á que se hallan los pastos; y los animales no se encuentran mal.

Muchos anfibios, cocodrilos é hipopótamos estaban diseminados en las márgenes y en la corriente de rio. Los primeros, tendidos al sol en la arena, se zambullian en el agua á nuestra aproximacion; los otros solo dejaban ver sobre la superficie del rio su monstruosa cabeza; luego surgia progresivamente su espalda, para desaparecer y volver á mostrarse mas le-